

# *Industriales de Buenos Aires e industriales del interior. Los manufactureros y los azucareros tucumanos a finales del siglo XIX y principios del XX*

José Antonio SÁNCHEZ ROMÁN  
Departamento de Historia de América I, UCM

## RESUMEN

Una historiografía reciente ha recuperado un tema de discusión tradicional sobre el período agro-exportador argentino, el de los conflictos entre terratenientes e industriales, aunque creando una nueva versión. Como había indicado la historiografía tradicional, había diferencias entre los terratenientes y los industriales, no pertenecían al mismo grupo social, pero no es cierto que los terratenientes controlaran el poder político. Además, los industriales no eran tan débiles como la historiografía tradicional los había presentado. Ellos tenían influencia sobre el gobierno y con ella obtuvieron protección aduanera. Por tanto, no podemos seguir manteniendo que las políticas anti-industriales y el enorme poder de los estancieros fueran las principales características de la Argentina agroexportadora. El objetivo de este artículo es introducir un nuevo elemento en el análisis del problema de las características de las elites económicas argentinas. ¿Cómo cambia nuestra imagen de las elites económicas argentinas y particularmente de los industriales si los comparamos con otro grupo? El caso de los productores azucareros es significativo porque se trataba de un grupo poderoso que reclamaba constantemente protección y se quejaba de las tendencias librecambistas del gobierno nacional y de las elites del Litoral. Los industriales azucareros fueron algunas veces los portavoces más conspicuos de la llamada «industria nacional» y, sin embargo, su relación con otros productores industriales fue compleja. A pesar de compartir, en apariencia, intereses similares, como la defensa del proteccionismo, los desacuerdos entre ambos grupos eran más frecuentes de lo que podría esperarse.

**Palabras clave:** Argentina, Historia Económica, empresarios, industriales, industria azucarera.

## ABSTRACT

Recent literature has brought up and old issue about the agro-export period in Argentina: the conflicts between landlords and manufacturers, but creating a new version. As the traditional historiography stated, there were differences between landlords and industrialists; they did not belong to the same group, but it was not true that landlords controlled the political power. On the other hand, industrialists were not the weak group that the traditional literature had depicted. They influenced the government to get customs duties. Therefore, we cannot say anymore that anti-industrial policies and the overwhelming power of «estancieros» were the major features of Argentine agro-export model. The aim of this article is to introduce a new variable in the analysis of the issue of the characteristics of Argentine economic elites. How does our image of the Argentine economic elites and particularly of the industrialists change if we compare them with another group? The case of the sugar producers is quite relevant because they were a very powerful group, always claiming for protection and complaining about the free-trade trends of the national government and the Litoral elites. Sugar manufacturers became sometimes the most outstanding speakers for the «national industry», but on the other hand their relationship with other industrial producers was complex. In spite of seemingly shared interests, like protectionism, the disagreements between both groups were more frequent than expected.

**Key words:** Argentine history, Economic History, entrepreneurs, manufacturers, sugar industry.

El objetivo de este artículo es comparar a dos tipos de productores industriales de la Argentina finisecular. Por un lado, los empresarios manufactureros que se concentraban mayoritariamente en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores y, por el otro, a los propietarios de ingenios azucareros de la provincia de Tucumán, en el noroeste del país. En el trabajo se subrayarán más las diferencias entre estos dos sectores que sus parecidos, al parecer aquéllas más relevantes para la comprensión del comportamiento de la elites empresariales argentinas del período agro-exportador.

El origen de las diferencias se hallaba no sólo en las características del negocio o en distintas visiones del mundo, sino también en intereses contrapuestos que los llevaban en algunos momentos a conflictos, aunque siempre moderados por el clima de consenso de este período del «progreso argentino». A pesar de las diferencias, algunos contemporáneos e historiadores posteriores han caracterizado a los azucareros como

una parte del grupo «industrialista» argentino. Esta visión ha partido del carácter industrial de la actividad azucarera para presuponer una lógica común con los manufactureros. Ciertamente, había terreno para la coincidencia de intereses. La aparición de las llamadas «coaliciones proteccionistas»<sup>1</sup> en las que grupos de diputados tucumanos, mendocinos (preocupados por la protección del vino), pro manufactureros y otros con diversos intereses y motivaciones se aliaban, coyunturalmente, para defender la existencia de las tarifas arancelarias para la «industria nacional» mostraría las vinculaciones entre los productores del Litoral y los del Interior. Por otro lado, la importancia de los industriales tucumanos en la reorganización del mundo empresarial llevado a cabo por Perón ha hecho que se reinterprete el pasado con la lógica de los años cuarenta. Durante el régimen justicialista, el gobierno sustituyó la tradicional representación de los empresarios, la Unión Industrial Argentina, por una nueva corporación, más afín a las posiciones oficialistas, la Confederación General Económica. El núcleo duro de la Confederación General Económica estuvo formado por empresarios del interior que se sentían atraídos por el discurso nacionalista del nuevo gobierno<sup>2</sup>. La historiografía peronista y, después, corrientes desarrollistas transmitieron una versión de la historia según la cual el Litoral habría sido siempre el foco de las ideas librecambistas, mientras que el Interior y particularmente las dos provincias con industrias fuertes destinadas al mercado interno (Tucumán y Mendoza) eran los centros defensores del desarrollo de una industria nacional<sup>3</sup>. Sin embargo, como se verá en este artículo, la situación distaba de ser ésa.

En cuanto a las coincidencias, ha de mencionarse que éstas no sólo se daban entre los industriales del Litoral y los azucareros o los productores vitivinícolas, sino que atravesaban toda la sociedad argentina así como a los grupos políticos. La característica fundamental de la

---

<sup>1</sup> El término lo utiliza Fernando ROCCHI, «El imperio del pragmatismo: intereses, ideas e imágenes en la política industrial del orden conservador», *Anuario IEHS*, n.º 13 (1998), pp. 99-130.

<sup>2</sup> James P. BRENNAN, «Industriales y “bolicheros”: la actividad económica y la alianza populista peronista, 1943-1976», *Boletín del Instituto Ravignani*, n.º 15 (1997), p. 118.

<sup>3</sup> En la historiografía tucumana sigue predominando esa versión. Por ejemplo, Roberto PUCCI, «Azúcar y proteccionismo en la Argentina, 1870-1920. Un conflicto regional entre la burguesía mediterránea y el litoral agroexportador», en D. CAMPI (comp.), *Estudios sobre la historia de la industria azucarera argentina*, vol. 1, Universidad Nacional de Tucumán-Universidad Nacional de Jujuy, 1991.

república conservadora fue el alto grado de consenso social y político con el que se desarrolló, lo que fue posible gracias al éxito económico del modelo agroexportador argentino. Incluso el principal partido de la oposición, la Unión Cívica Radical, que se presentaba como un grupo revolucionario y que denunciaba la ilegitimidad de los que ocupaban el poder, mostró al llegar al gobierno (1916) un consenso fundamental con lo que habían sido las políticas económicas de los conservadores. En Argentina, la cuestión del proteccionismo no fue un clivaje entre distintos partidos políticos como ocurría en Colombia y tampoco la dimensión regional de la cuestión era tan evidente como ocurría en el caso peruano<sup>4</sup>.

Es por este grado de consenso por lo que merece la pena subrayar las líneas de conflicto. Al mostrar las diferencias entre estos dos grupos pretendo contribuir al debate sobre las características de los grupos económicos dominantes en la Argentina durante el período agroexportador y, particularmente sobre los industriales, debate que tiene unos antecedentes remotos pero que se ha renovado con interesantes aportes en los últimos años. En los años 50 y 60, en pleno auge de las tendencias desarrollistas y cepalinas, se argumentaba que la Argentina agroexportadora estaba dominada por la clase terrateniente, que controlaba todos los resortes del poder político y orientaba las líneas que debía tomar la política económica del país. Frente a ellos, los industriales eran un grupo débil, compuesto en su mayoría por inmigrantes, con escaso acceso a las fuentes del poder y que tuvieron que enfrentarse a políticas que al promocionar la expansión de las exportaciones perjudicaban al sector manufacturero<sup>5</sup>.

En los años 70 se empezó a revisar esta visión. Un importante trabajo de Ezequiel Gallo demostró que la economía agroexportadora no conspiraba necesariamente contra el desarrollo industrial, sino que inclu-

---

<sup>4</sup> Ver Frank SAFFORD, «The Emergence of Economic Liberalism in Colombia», pp. 58-59, y Nils JACOBSEN, «Free Trade, Regional Elites, and the Internal Market in Southern Peru, 1895-1932», ambos trabajos en Joseph LOVE y Nils JACOBSEN (eds.), *Guiding the Invisible Hand. Economic Liberalism and the State in Latin American History*, New York, Praeger, 1988.

<sup>5</sup> Ejemplos de esta visión se encuentran en Aldo FERRER, *La Economía Argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Buenos Aires, FCE, 1963; Guido DI TELLA y Manuel ZYMELMAN, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1967; y Oscar CORNBLIT, «Inmigrantes y empresarios en la política argentina», en Tulio HALPERÍN DONGHI y Torcuato DI TELLA (comps.), *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969.

so lo propiciaba<sup>6</sup>. Carlos Díaz Alejandro, por su parte, mostró que durante el período agroexportador se llevaron a cabo políticas proteccionistas y que no era cierto que la Argentina liberal fue también la Argentina del libremercado extremo<sup>7</sup>.

Quizás la obra más influyente en esta primera revisión fuera la de Jorge Sabato. Este sociólogo realizó una elaborada construcción teórica para definir lo que el denominaba «la clase dominante argentina». Éste era un grupo social caracterizado no por su vinculación a la tierra, como había creído la historiografía tradicional, sino por su diversificación de activos tratando de eliminar riesgos. Se trataba de un grupo muy flexible y preparado para enfrentar los cambios en el mercado mundial. Sin embargo, esas mismas características se convirtieron en un impedimento para la transformación industrial del país y la sustentabilidad del crecimiento, ya que eso hubiera exigido inversiones más a largo plazo en lugar de aquellas más flexibles que buscaban la rentabilidad inmediata. En cualquier caso, en el trabajo de Sabato no aparecía una contraposición entre industriales y terratenientes, sino una única clase dominante que se movía de una a otra actividad económica siguiendo la coyuntura<sup>8</sup>. La línea de Sabato ha sido continuada por Jorge Schvarzer en varios trabajos, quien señala que los grandes industriales y los empresarios terratenientes compartían los mismo intereses y que entre éstos no estaba el de transformar industrialmente el país. Este autor se ha centrado en el estudio de la Unión Industrial Argentina (UIA), el órgano de representación de los manufactureros desde 1887, y ha comprobado la interrelación de ésta con el poder y con el mundo de los estancieros<sup>9</sup>.

Esta visión ha sido nuevamente revisada en los últimos años, en particular por los trabajos de Roy Hora y Fernando Rocchi. El primero ha mostrado que la idea de una elite económica diversificada no es original de Argentina y que no es demasiado relevante a la hora de caracterizar a un grupo social. Por otro lado, también ha insistido en la existencia de

---

<sup>6</sup> Ezequiel GALLO, «Agrarian Expansion and Industrial Development in Argentina 1880-1930», en Raymond CARR (ed.), *Latin American Affairs. St. Antony's Papers* (Oxford, 1970).

<sup>7</sup> Carlos DÍAZ ALEJANDRO, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

<sup>8</sup> Jorge SABATO, *La clase dominante en la Argentina moderna: Formación y características*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1988.

<sup>9</sup> Jorge SCHVARZER, *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*, Buenos Aires, Cisea, 1991.

una burguesía terrateniente con su propia lógica e intereses y actuando autónomamente. Sin embargo, y al contrario de lo que sostenía la historiografía tradicional, el poder económico de la burguesía terrateniente no se traducía en un control de los resortes políticos. Por el contrario, los estancieros se mantuvieron apartados de la política del orden conservador excepto en momentos puntuales en los que sentían que sus intereses estaban siendo gravemente perjudicados. Pero incluso en esos momentos, sus intentos de saltar a la arena política constituyendo partidos de clase se saldaron con fracasos<sup>10</sup>.

Rocchi, por su parte, ha mostrado también la dificultad de seguir creyendo en una clase dominante monolítica, como lo demuestran los conflictos entre estancieros e industriales en los años veinte. Existió un grupo industrial que fue formando su identidad lentamente, cuando los intereses y los enemigos comunes superaron a las divergencias sectoriales. También ha corregido la visión de la historiografía tradicional al mostrar a los industriales como un grupo menos débil de lo que se había considerado. Ser inmigrante no significaba carecer de medios económicos o sociales con los que defender sus intereses. El aspecto más interesante de los trabajos de Rocchi es que ha demostrado que los gobiernos del período agroexportador no fomentaron una política anti-industrialista, sino que se guiaron por un pragmatismo a ultranza y que atendieron, cuando lo creían razonable, las peticiones de industriales o de otros grupos que se hacían escuchar dentro del Congreso<sup>11</sup>. La política predominante durante este período no fue la del libre comercio sino una política arancelaria inestable y moderada que recibió el apelativo de «proteccionismo racional» entre los contemporáneos.

Por tanto, la nueva historiografía está mostrando la existencia de grupos con intereses diferenciados, aunque las barreras entre ellos eran más lábiles de lo que la historiografía tradicional había supuesto. Además,

---

<sup>10</sup> Ver por ejemplo, Roy HORA, «Terratenientes, empresarios industriales y crecimiento industrial en la Argentina: los estancieros y el debate sobre el proteccionismo (1890-1914)», *Desarrollo Económico*, n.º 40: 159 (2000), y «Clase dominante o burguesía terrateniente? Sobre las clases propietarias argentinas, 1880-1940», en el CD-Rom *XVII Jornadas de Historia Económica*, Tucumán, 2000.

<sup>11</sup> Ver Fernando ROCCHI, «La armonía de los opuestos: industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires en el período 1880-1920», *Entrepasados*, año IV, n.º 7, 1994; «El imperio del pragmatismo: intereses, ideas e imágenes en la política industrial del orden conservador», *Anuario IEHS*, n.º 13 (1988), y «Un largo camino a casa: empresarios, trabajadores e identidad industrial en la Argentina, 1880-1930», CD-Rom *XVII Jornadas de Historia Económica*, Tucumán, 2000.

también ha mostrado la existencia de un consenso dentro del orden conservador, gracias al pragmatismo y la relativa autonomía de los que manejaban la política nacional y a la bonanza económica propiciada por las exportaciones. Son en buena medida estos factores los que explican la ausencia de conflictos entre los grupos de intereses económicos. No obstante, los momentos de crisis hacía aflorar las diferencias. En este trabajo quiero mostrar las dificultades para la alianza entre dos grupos aparentemente afines en este período de consenso. Para llevar a cabo mi objetivo he dividido la exposición de este artículo en dos partes. En la primera haré una comparación entre los industriales manufactureros y los azucareros a partir de las características estructurales de ambos negocios. En la segunda parte haré referencia a las líneas de conflicto entre industriales porteños y tucumanos. En las conclusiones trataré de integrar mis aportes en la discusión sobre las características de las elites económicas que está teniendo lugar en estos últimos años en la historiografía argentina.

## LOS MANUFACTUREROS Y LOS INDUSTRIALES TUCUMANOS ENTRE 1890 Y 1910

Al llegar la crisis de 1890 la situación de la industria azucarera y la de las industrias manufactureras de Buenos Aires era bastante distinta. La primera se había modernizado a lo largo de las dos décadas anteriores incorporando costosa tecnología francesa y había sufrido un rápido proceso de concentración económica. En 1874 había en la provincia de Tucumán 78 ingenios azucareros, en 1877 pasaron a 82, en 1881 sólo quedaban 34, en 1890 estaban en funcionamiento 35 ingenios<sup>12</sup>. Los poco más de 30 ingenios de la década de 1880 eran bastante distintos a los de la década de 1870. Habían sustituido la energía hidráulica por energía a vapor y habían incorporado los últimos avances en la producción del dulce, excepto en lo que respecta a la refinación. Este proceso implicó unas necesidades de capital que ajustaron el número de ingenios, al mismo tiempo que se expandía la industria. Esto significaba que la mayor parte del capital de la provincia estaba invertido en la industria azucarera y además Tucumán concentraba la mayor parte de la producción azucare-

---

<sup>12</sup> Emilio J. SCHLEH, *La industria azucarera argentina. Pasado y presente*, Buenos Aires, 1910, pp. 77 y 81.

ra nacional. En 1890, el 55% de las tierras tucumanas se dedicaban al cultivo de caña de azúcar y el 83% de la producción nacional de azúcar era tucumana<sup>13</sup>. Esta concentración de recursos tuvo como efecto la conformación de una identidad azucarera para la provincia y también para su elite, propietaria de los ingenios.

Cuando llegó la crisis de 1890, la industria azucarera ya tenía su apariencia moderna y estaba en pleno auge productivo. Entre esa fecha y 1914 la industria siguió creciendo y completó el avance tecnológico a finales de la primera década del siglo XX con la incorporación del proceso de refinado en algunos de los ingenios. Sin embargo, el parque industrial y la concentración de capital permanecieron prácticamente sin cambios en este período, dándole a la industria una apariencia de consolidación y estabilidad. El crecimiento de estos años fue menos espectacular que en las primeras décadas de la industria. A pesar de ello, la industria azucarera perdió importancia relativa dentro de las producciones argentinas. En 1895, Tucumán era la tercera provincia del país por capital industrial invertido y la azucarera era la primera industria por delante de la saladera y la harinera en términos de capital. En 1915, la provincia había descendido hasta la quinta posición por capital industrial invertido y la industria azucarera había sido superada por la harinera de Santa Fe y la vitivinícola de Mendoza.

Tras pasar por dos crisis de superproducción, una en 1896 y otra en 1902-3, el sector sufrió nuevos ajustes y el número de ingenios se redujo a 31 en 1914. También en estos años la industria modificó su estructura societaria. A lo largo de la primera de la década del siglo XX, 19 ingenios tucumanos se convirtieron o incorporaron a sociedades anónimas, lo que significó que el 60% del capital invertido en la industria azucarera estaba en manos de corporaciones<sup>14</sup>. La formación de sociedades anónimas, que se acentuó entre 1903 y la Primer Guerra Mundial, sirvió para la ampliación de capital, cuando se estaba introduciendo la nueva tecnología de refinación, pero no implicó cam-

---

<sup>13</sup> Daniel CAMPI, «Economía y sociedad en las provincias del Norte», en Mirta Zaida LOBATO (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, tomo V de la *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000, p. 84.

<sup>14</sup> Emilio LAHITTE, «Consideraciones sobre el Censo de la Industria Azucarera», en *III Censo Nacional de la República Argentina*, Buenos Aires, 1916, tomo VII, p. 546, y José Antonio SÁNCHEZ ROMÁN, «La Dulce Crisis. Finanzas, Estado e industria azucarera en Tucumán, Argentina (1853-1914)», Tesis de Doctorado inédita, Instituto Universitario «Ortega y Gasset»-Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2001, cap. 7.



bios sustanciales en la gerencia o la propiedad de las fábricas. Las sociedades anónimas azucareras utilizaron el reclamo de la responsabilidad limitada para atraer nuevos socios, que ayudaran a la ampliación de capital pero pocas veces arriesgaron el control de la sociedad en el mercado abierto de la Bolsa de Buenos Aires<sup>15</sup>. La industria azucarera siguió en manos mayoritariamente tucumanas a lo largo de todo el período.

La industria manufacturera había tenido sus inicios en la década de 1870, y había crecido notablemente durante la de 1880 gracias a la bonanza económica proporcionada por las exportaciones agropecuarias. Sin embargo, no sería hasta la década de 1890 y principalmente a principios del siglo XX cuando la industria empezó a ser significativa en la economía nacional. En 1885, el sector industrial suponía el 9% del producto argentino, en 1916 era el 27%, el segundo en importancia tras el agropecuario<sup>16</sup>. Por tanto, mientras la industria azucarera era un sector consolidado antes de la crisis de 1890, las manufacturas agrupadas en Buenos Aires estaban aún en una fase inicial de su desarrollo.

Aunque la industria argentina mostró un temprano proceso de concentración de capitales, en términos relativos no se trataba de una industria demasiado concentrada, probablemente por la dimensión del mercado interno, al que se destinaba la mayor parte de la producción en este momento. Si comparamos la industria del Litoral con la azucarera, ésta mantenía una relación más alta entre los capitales invertidos y los establecimientos fabriles que aquella, incluso a principios del siglo XX, cuando, según Fernando Rocchi, la manufactura había acelerado su proceso de concentración<sup>17</sup>. En 1910 la industria azucarera tenía una capitalización promedio de 2.047.945 ps. m/n. por establecimiento. Sólo los frigoríficos, la industria más avanzada del país, la más concentrada y dedicada al mercado mundial, y las tres usinas de gas de la capital federal tenían un nivel más elevado de inversiones. Sectores dinámicos, como los molinos harineros, mostraban una capitalización de 169.507 ps. m/n en la provincia de Buenos Aires y 465.992 en la capital. El cemento, que pudiera ser reflejo del comportamiento de uno de los sectores más diná-

---

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> Fernando ROCCHI, «El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916», en M. Z. LOBATO, *El progreso, la modernización...*, pp. 34-35.

<sup>17</sup> F. ROCCHI, «Un largo camino a casa: empresarios, trabajadores e identidad industrial en la Argentina, 1880-1930», CD-Rom *XVII Jornadas de Historia Económica*, Tucumán, 2000.

micos del período, el de la construcción, tenía una capitalización de 5.962 pesos por establecimiento<sup>18</sup>.

En parte, esto pudiera estar motivado por las distintas exigencias de capitales de cada sector. Sin embargo, hay otras dos consideraciones importantes. En primer lugar, en términos absolutos, la industria azucarera no estaba demasiado concentrada: las cuatro primeras empresas azucareras nunca llegaron a obtener una cuota del 50% del mercado nacional y la primera de las empresas, la CAT, que agrupaba a cinco ingenios de la provincia de Tucumán, nunca llegó a suponer más del 25% de la producción argentina<sup>19</sup>. Si se compara la producción azucarera argentina con la cubana, la más importante del mundo en aquellos años, vuelve a ponerse de manifiesto el fenómeno de la baja concentración y dimensiones del parque industrial tucumano: en 1904, la Argentina necesitaba de unos 40 ingenios para producir unas 130.000 toneladas, mientras que en Cuba se producían más de 1 millón de toneladas con 174 ingenios<sup>20</sup>. En segundo lugar, la diversificación sectorial de la actividad manufacturera en Buenos Aires y la Capital Federal. De nuevo a pesar de la concentración de capitales, la diversificación productiva del sector industrial era enorme, y no siempre de reducidas dimensiones. En 1910, en la Capital Federal 35 rubros distintos alcanzaban o superaban los 2.000.000 de pesos invertidos, en la provincia de Buenos Aires eran 16 los rubros que alcanzaban esa cifra, mientras que en Tucumán sólo la industria azucarera presentaba esos niveles de inversión<sup>21</sup>. En Tucumán hablar de industria o de producción era hablar de azúcar. En Buenos Aires, por el contrario, es probable que los porteños se sorprendieran a principios de siglo con un paisaje de producciones en serie y de una gran variedad de artículos de consumo.

En el aspecto del trabajo, las empresas azucareras y las del Litoral también, presentaban diferencias y el significado de éstas pudo ser similar al de las habidas en el terreno de la producción. En ambos casos predominaba el trabajador no especializado e incluso el temporal, aunque

---

<sup>18</sup> Todos los datos proceden de: MINISTERIO DE AGRICULTURA, *Censo Industrial y Comercial de la República Argentina 1908-1914*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura, 1915.

<sup>19</sup> J. A. SÁNCHEZ ROMÁN, «La dulce crisis...», cap. 7.

<sup>20</sup> Alan DYE, *Cuban Sugar in the Age of Mass Production. Technology and the Economics of the Sugar Central, 1899-1929*, Stanford, Stanford University Press, 1998, p. 12.

<sup>21</sup> MINISTERIO DE AGRICULTURA, *Censo Industrial y Comercial de la República Argentina 1908-1914*.

éste era más significativo para la industria azucarera por su carácter estacional y porque una parte del trabajo implicaba labores agrícolas. También en ambos casos se dio una tendencia hacia el incremento de las funciones especializadas y por tanto hacia la permanencia de los trabajadores en los puestos de trabajo. La industria azucarera era intensiva en el uso de mano de obra y mostraba una gran concentración de trabajadores por ingenio. En 1910, siguiendo de nuevo el Censo Industrial, los 28 ingenios que estaban funcionando en la provincia de Tucumán empleaban 28.096 trabajadores, lo que significaba una relación de mil trabajadores por fábrica. No obstante, el Censo señala que de esos trabajadores, sólo 6.980 lo hacían dentro del ingenio (294 por molino), mientras el resto, 21.116, lo hacían «fuera». El Censo puede estar refiriéndose a las tareas agrícolas o bien a los abundantes trabajadores temporeros que precisaban los ingenios en la época de zafra. También en el Litoral había casos de concentración de trabajadores, como el de los 8 frigoríficos de la provincia de Buenos Aires, que en 1910 reunían más de 700 trabajadores por unidad. La industria se había convertido en un polo de atracción para la mano de obra, principalmente a principios de siglo cuando el campo argentino parecía cerrar sus oportunidades. Esto era más evidente en la ciudad de Buenos Aires, donde un tercio de su población se empleaba en el sector manufacturero hacia 1913<sup>22</sup>. A pesar de este dinamismo, la concentración de trabajadores en la actividad manufacturera de Buenos Aires era menor que la que se daba en los ingenios tucumanos debido a la gran diversificación de actividades y a la proliferación de pequeños establecimientos. En 1910, las cervecerías reunían unos 149 trabajadores por instalación, las fábricas de galletitas, 45; las manufacturas de tabaco de la ciudad de Buenos Aires, 36, los establecimientos dedicados a la producción de refrescos y gaseosas mantenían un promedio de 20 trabajadores también en la Capital Federal<sup>23</sup>. Las medias ocultan la existencia de grandes fábricas y, por tanto, las tendencias hacia la concentración, pero también muestran en estos sectores (de los más dinámicos del período) la lentitud de ese proceso y el mantenimiento de los pequeños establecimientos y de las agrupaciones reducidas de trabajadores.

---

<sup>22</sup> F. ROCCHI, «La armonía de los opuestos: industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires en el período 1880-1920», *Entrepasados*, año IV, n.º 7, 1994, p. 43.

<sup>23</sup> MINISTERIO DE AGRICULTURA, *Censo Industrial y Comercial de la República Argentina 1908-1914*.

Las relaciones entre los empresarios y los trabajadores venían marcadas por el número de empleados pero también por sus características. Las relaciones entre las fábricas bonaerenses y sus trabajadores estuvieron signadas por el paternalismo hasta que a principios del siglo XX el movimiento sindical y huelguístico rompió la aparente armonía de clases. Los empresarios, en general, estaban dispuestos a realizar concesiones o a diseñar políticas de bienestar a largo plazo para los obreros (como pensiones de jubilación, cuidado de salud, etc.) pero siempre de manera arbitraria y mostrándolo como un rasgo de generosidad personal con sus trabajadores. Lo único que podía romper esta armonía, a juicio de los patrones, era que los trabajadores participaran en la actividad sindical, en las llamadas «sociedades de resistencia»<sup>24</sup>.

Fernando Rocchi ha insistido, razonablemente, en estos aspectos (paternalismo y manipulación del concepto de armonía de clases) para criticar una imagen tradicional de la historiografía que presentaba a los empresarios industriales como un grupo débil, víctima de la historia. Sin embargo, había algunos puntos de verdad en el discurso empresarial porteño, principalmente si se lo compara con las relaciones entre patronos y trabajadores en el mundo azucarero. El paternalismo funcionó eficientemente, a pesar del crecimiento del mundo sindical durante la década de 1880, hasta el final del siglo XIX. En 1899, la Unión Industrial organizó una manifestación en defensa de la industria por las calles de Buenos Aires a la que acudieron 50.000 personas. Obligados o persuadidos, los trabajadores del sector fabril bonaerense habían acudido a aquella marcha convocada por sus empleadores, que reclamaba principalmente la protección aduanera. El encuentro había sido todo un éxito y la mejor prueba de ello fue el escándalo de los socialistas ante la presencia de millares de obreros defendiendo los intereses de sus «enemigos naturales»<sup>25</sup>.

Las relaciones entre trabajadores y empleadores en el complejo azucarero tucumano eran desde luego poco armónicas y el paternalismo no era siquiera una posibilidad. Las dificultades para construir un mercado de trabajo libre o, al menos, para garantizar la oferta de mano de obra necesaria en cada cosecha, llevó a la aplicación de medidas coercitivas. En una fecha tan tardía como 1888 se dictó la última ley de conchabo de la provincia que trataba de garantizar el abastecimiento de trabajadores para los ingenios. La ley no tuvo buenos resultados, ya que la com-

---

<sup>24</sup> F. ROCCHI, «Un largo camino a casa...».

<sup>25</sup> *Ibidem*.

petencia entre los ingenios favorecía la contratación ilegal de trabajadores previamente conchabados. Esto terminó por romper el conchabo a lo largo de la década de 1890. El otro factor que coadyuvó a echar abajo el sistema era la tradicional resistencia de los trabajadores a quedar fijados a un trabajo en general muy duro. Desde tiempos anteriores a la modernización de la industria, los empleados en la actividad cañera habían roto el conchabo con sus fugas constantes. En 1889, un año después de la última legislación laboral, 11.066 peones «prófugos» fueron denunciados a la policía por sus patronos<sup>26</sup>.

Por tanto, las relaciones entre trabajadores y empresarios en Tucumán estuvieron marcadas por la coacción desde casi el principio de la industria. El paternalismo era incluso difícil por la distancia social que las elites tucumanas sentían con respecto a sus clases subalternas. La mayor parte de los trabajadores de los ingenios estaba compuesta de mestizos y «criollos» de las provincias de Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca, mientras que la elite propietaria de los establecimientos industriales, si bien mezclada con inmigrantes franceses y españoles, conservaba en su núcleo un amplio grupo originado en las antiguas elites patrias de la colonia<sup>27</sup>.

En Buenos Aires es muy probable que patronos y empleados tuvieran orígenes similares. En 1910, en Tucumán, 19 de los 28 ingenios censados pertenecían exclusivamente a propietarios argentinos. En la Capital Federal la evolución de los propietarios argentinos sobre el total de propiedades industriales evolucionó del 15% en 1887, al 8% en 1895, el 12,35% en 1904 y finalmente el 14% en 1908<sup>28</sup>. Con esto no se pretende rescatar la imagen tradicional de la historiografía que presentaba a unos industriales pequeños, de origen inmigrante y en una posición política débil frente a la poderosa clase terrateniente argentina. Posteriormente volveré sobre ese aspecto, ahora tan sólo interesa destacar que los

---

<sup>26</sup> D. CAMPI, «Captación y retención de la mano de obra por endeudamiento. El caso de Tucumán en la segunda mitad del siglo XIX», en D. CAMPI (comp.), *Estudios sobre la historia de la industria azucarera argentina*, vol. 1, Universidad Nacional de Tucumán-Universidad Nacional de Jujuy, 1991, pp. 180-181, y D. CAMPI, «Economía y sociedad en las provincias del Norte», pp. 92-93.

<sup>27</sup> De 33 ingenios existentes en 1895, 19 estaban en manos de familias tradicionales como los Posse, los García, los Méndez, Erdmann, o Frías, y alguno más en manos de Hileret o Rouges, familias francesas que a mediados del siglo XIX se integraron a la elite local.

<sup>28</sup> MINISTERIO DE AGRICULTURA, *Censo Industrial y Comercial de la República Argentina 1908-1914*.

empresarios podían compartir un mismo origen con sus empleados y que el discurso paternalista nacía tanto del deseo de alejar el conflicto social de las fábricas como de una percepción relativa de igualdad entre ambos sectores de la producción.

## CONSENSO Y CONFLICTO

¿Cómo afectaron estas diferencias a las relaciones entre ambos sectores productivos? ¿Fueron los intereses comunes mayores que las diferencias y permitieron establecer alianzas perdurables? En este apartado me acercaré a esta cuestión tomando como punto de partida el accionar político de los dos sectores y, especialmente, tendré en cuenta a las asociaciones que pretendían representar a los industriales a lo largo del período.

En 1875, pequeños industriales y artesanos fundaron en Buenos Aires el Club Industrial con el objetivo de respaldar una campaña proteccionista que desde el Congreso estaba lanzando un grupo de diputados encabezados por Vicente Fidel López. Se trataba de aprovecharse de una coyuntura política favorable al proteccionismo, pero también de una económica, ya que la crisis de 1873 había puesto en duda las posibilidades de continuar con la expansión de las exportaciones laneras, hasta entonces en auge. Esto provocó la aparición de algunas voces que reclamaban una reorientación de la política económica y una promoción de las manufacturas textiles nacionales en lugar de la exportación de la materia prima cruda a los países europeos. El reclamo tuvo un corto alcance cuando la recuperación de la crisis trajo redoblados beneficios para la actividad exportadora, pero dejó como legado la aparición de este primer movimiento proteccionista<sup>29</sup>. El Club Industrial quedó rápidamente en manos de los pequeños artesanos e industriales de Buenos Aires y su prédica política se fue radicalizando. El Club Industrial había lanzado un periódico, *El Industrial*, dirigido en sus tres primeros años de existencia por J. Dumas, quien abrazó las ideas anarquistas de Proudhon, lo que terminó por expulsar a buena parte de los industriales porteños del Club y por resquebrajar las buenas relaciones que con los políticos e incluso con la Sociedad Rural Argentina (organización representante de los terratenientes), mantenía la asociación. A fines de 1878 los disidentes del Club

---

<sup>29</sup> José Carlos CHIARAMONTE, *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, cap. 9.

Industrial se organizaron en el Centro Industrial y fundaron su propio periódico, *La Industria Argentina*, moderando el tono ideológico que había alcanzado su predecesor<sup>30</sup>. El Club y el Centro permanecieron separados hasta 1887, cuando se reunifican con el nombre de Unión Industrial Argentina.

¿Cuál fue la relación de los azucareros con este primer movimiento organizativo de los industriales originado en Buenos Aires? Desde el principio, el Club Industrial trató de organizarse en el interior del país. En particular, la Comisión Directiva del Club había aprobado muy pronto una resolución para instalar filiales de la asociación en Córdoba, San Juan, San Luis, Mendoza y Tucumán. La asociación se creó el mismo año 1875 en Córdoba; en 1877 se creó la de Paraná y en 1880 la de Rosario<sup>31</sup>. Sin embargo, el resto de los emprendimientos no parece haber finalizado con éxito. De hecho, ningún miembro de la elite azucarera participó de este primer reclamo de protección. La primera vez que vemos en estos grupos a un productor azucarero es a Marco Avellaneda, hermano del presidente Nicolás, en 1878, pero como miembro del disidente Centro Industrial.

Este comportamiento tenía su lógica, primero, porque el interés del Club Industrial se centró en productos distintos del azúcar: calzados, textiles o muebles recibieron los mayores aumentos en las tasas aduaneras a lo largo de la década, llegando a incrementos del 100% en el nivel de protección<sup>32</sup>. En segundo lugar, los posibles beneficios de las tasas aduaneras para la industria azucarera debieron de haber sido magros, resultado de la escasa importancia cuantitativa y cualitativa de la producción tucumana. Lo que muchas veces eran barreras dobles —como en el período de coexistencia entre la Confederación y el gobierno de la provincia de Buenos Aires—, e incluso lo que se podrían considerar «barreras naturales», como los costosos fletes o la ausencia de modernos sistemas de transporte, en realidad no tenían un efecto estimulante en la producción tucumana, que circunscribía su mercado al área local. Buena prueba de ello lo da el hecho de que en la década de 1860 la vecina provincia de Santiago del Estero consumiera azúcar cubano, de menor precio que el producido en Tucumán<sup>33</sup>. La escala tecnológica de la industria azucarera y el aislamiento relativo del mercado tucumano hasta finales de

<sup>30</sup> J. C. CHIARAMONTE, *Nacionalismo y liberalismo...*, pp. 225 y ss.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 207-208.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 225.

<sup>33</sup> *Parliamentary Papers*, Commercial Reports, vol. LXX, 1863.

la década de 1870 hacían poco necesario la utilización de barreras arancelarias.

El nacimiento del proteccionismo azucarero fue un proceso autónomo de este movimiento inicial y ésta es una característica que se mantuvo a lo largo del período. Las disputas parlamentarias sobre los aranceles para el azúcar se independizaron de otros productos que muchas veces formaban parte del mismo bloque de discusión. Los aranceles aduaneros habían existido desde los comienzos mismos de la república y los azucareros habían sido particularmente importantes, ya que entre 1875 y 1884 representaron entre el 5% y el 10% de toda la recaudación aduanera y el azúcar era el segundo producto en importancia fiscal tras el vino<sup>34</sup>. Sin embargo, el azúcar recibía una protección *ad valorem* junto a otra serie de productos y la tasa era, ante todo, el resultado de las necesidades fiscales del Estado. En la década de 1880 la situación se modificó y, por vez primera, el azúcar recibió tarifas específicas que elevaban el nivel de protección pero que suponían también medidas de promoción conscientes de la industria. La obtención de estos aranceles fue el resultado de un proceso político y de la creación de la primera refinería en el país.

En 1880, la victoria electoral y militar de Julio Roca sobre Carlos Tejedor significó el triunfo de una amplia coalición de elites del interior del país, que se volvieron imprescindibles para la gobernabilidad del Estado. Esas elites controlaban el ejército nacional y eran una pieza clave para la transición pacífica entre un gobierno y otro así como para el adecuado funcionamiento del proceso electoral, lo que les permitió pactar con los grupos porteños algunas formas de redistribución de los beneficios que se esperaban de la nueva sociedad<sup>35</sup>. Las tarifas específicas, junto a otras medidas como la exención de impuestos a la importación de maquinarias para los ingenios, o la llegada del ferrocarril a Tucumán en 1876 eran parte de este amplio pacto político.

La creación de la Refinería Argentina, propiedad del empresario porteño Ernesto Tornquist y de otros socios, algunos vinculados al negocio azucarero en Tucumán, llevó a la aprobación en 1888 de un arancel específico de 9 centavos oro por kilo de azúcar refinada que entrara en el país. Este arancel fue una victoria de Tornquist quien influyó personalmente en el presidente Roca para que éste presionara en el Congreso

---

<sup>34</sup> *Memorias del Ministerio de Hacienda y Estadística de Comercio y Navegación...* 1885, p. XXVIII, en J. C. CHIARAMONTE, *Nacionalismo...*, pp. 222-223.

<sup>35</sup> Jorge F. SABATO, *La clase dominante en la Argentina moderna*, p. 166.



y obtuviera la medida. Pero junto al arancel para el azúcar no refinada, aprobado en 1885, formaba un conjunto de medidas claramente promotora de la actividad azucarera, como lo demuestra el hecho de que el Estado perdiera buena parte de su recaudación en este rubro, al volverse la tasa rápidamente prohibicionista<sup>36</sup>.

El azúcar se convirtió en uno de los productos más protegidos por la legislación argentina. En 1912 empezó un proceso de reducción paulatina de los niveles de protección para el dulce y, sin embargo, aún en 1927, era uno de rubros mejor situados en la jerarquía de la protección con una tasa equivalente al 59 o 61% *ad valorem*<sup>37</sup>. La posición de poder de los azucareros se hizo obvia a los contemporáneos y muchos de los ataques contra la protección se centraron en ellos, como en el caso de los socialistas que los tomaron como modelo de empresario parásito que vivía gracias a la sangre del consumidor. Las coincidencias entre los industriales manufactureros y este grupo tan poderoso de empresarios eran difíciles. La historiografía más reciente ha mostrado que los industriales no eran actores políticamente tan débiles como se había creído hasta hace unos años y como ellos mismos se habían presentado. Algunos de los principales industriales, como el mencionado Tornquist o Bemberg, Devoto, etc., tenían excelentes vinculaciones con el poder y en ocasiones influencia sobre hombres como Roca o Pellegrini, las dos figuras claves de la política conservadora durante el período. Sin embargo, la tendencia a la dispersión sectorial de esfuerzos y la heterogeneidad del grupo conspiraban en contra de su poder, lo que no ocurría en el caso de los azucareros.

Tomemos el caso del Centro Azucarero y comparémoslo con el de la UIA. El Centro Azucarero, fundado en 1894, fue la base institucional para la acción de *lobby* parlamentario y para la formación de opinión pública. Su historia se remonta a la iniciativa del presidente Luis Sáenz Peña de crear la Comisión Revisora de las leyes de Aduana en 1894 para someter al Congreso una posible reducción de los niveles arancelarios para el azúcar<sup>38</sup>. La presión de los diputados librecambistas y la pérdida de recursos para el fisco estaban en el origen de esta campaña<sup>39</sup>. En

---

<sup>36</sup> J. A. SÁNCHEZ ROMÁN, «La dulce crisis...», cap. V.

<sup>37</sup> Carlos DÍAZ ALEJANDRO, *Ensayos sobre la historia económica...*, pp. 277 y 284.

<sup>38</sup> R. PUCCI, «Azúcar y proteccionismo en la Argentina, 1870-1920», en D. CAMPI (comp.), *Estudios sobre la industria azucarera...*, p. 74.

<sup>39</sup> Ya en 1892 los productores azucareros habían evitado la aplicación de un impuesto interno y una rebaja en los niveles protectores gracias a que el fisco encontró una

repuesta a la creación de la Comisión Revisora surgió el Centro Azucarero, en 1894, que agrupó a los industriales tucumanos, a los grupos Tornquist y Bemberg, y también a empresarios litoraleños con intereses en Tucumán, como Juan Videla, fabricante zapatero y dueño del ingenio «Amalia», o Francisco Bustamante, fundador de la primera fábrica de fósforos del país, presidente de la Compañía de Gas de la Ciudad de Buenos Aires, de la Sociedad de Seguros «La Estrella», y del ingenio tucumano «San Miguel». El Centro Azucarero consiguió su objetivo y las tasas aduaneras que protegían la industria azucarera no se movieron hasta 1912.

Las estrategias del grupo tucumano quedaron definidas por la concentración geográfica. Los promotores del Centro Azucarero se dieron cuenta de las ventajas resultantes de ser un grupo pequeño y localizado. Algunos de sus miembros, como Tornquist, Teodoro de Bary o Videla eran, en razón de sus otros negocios, miembros de la Unión Industrial Argentina. Sin embargo, prefirieron organizarse en una corporación específica. La formación de una coalición pro arancelaria generalizada, parecida a la de la década de 1870, en defensa de la llamada «industria nacional», presentaba para los azucareros el riesgo de la dispersión de intereses y de esfuerzos de los grupos grandes. Por otro lado, no estaba claro que a los empresarios tucumanos les interesase una protección generalizada que podría afectar a sus insumos y maquinarias.

La crisis de 1890 provocó un incremento de las tasas aduaneras para sanear el fisco público y con ello un incremento de la protección generalizada. Aunque la industria azucarera no participó de los nuevos incrementos no pudo librarse de las críticas hacia la protección y de la reacción de los intereses terratenientes pampeanos, duramente golpeados por la crisis, que reclamaban que la ola de proteccionismo estaba provocando represalias de los países clientes de las exportaciones argentinas. Durante los primeros años de la década de 1890 el azúcar nacional conquistó el mercado interno y los azúcares extranjeros fueron completamente expulsados, lo que llevó a amenazas de represalias comerciales por parte de España (Cuba era aún colonia española) y de Brasil<sup>40</sup>.

---

alternativa viable en el impuesto al alcohol. D. J. GUY, *Política azucarera argentina: Tucumán y la generación del 80*, Tucumán, Ediciones Fundación Banco Comercial del Norte, pp. 90 y 91.

<sup>40</sup> España también amenazó con represalias por la protección del gobierno argentino al vino del Cuyo.

Ésta fue la situación que llevó al debate de 1894-95 y que el recién nacido Centro Azucarero salvó con éxito. Sin embargo, las críticas a los azucareros continuaron a lo largo del período. La incorporación de diputados radicales y socialistas al parlamento conservador introdujo el discurso en defensa de los consumidores una vez que la amenaza de las represalias habían sido superadas. Durante la primera década del siglo XX las tasas azucareras fueron atacadas en repetidas ocasiones. En 1907, la Comisión Revisora de las Tarifas Aduaneras estudió una propuesta del diputado Hansen para reducir todas las tarifas azucareras a una sola *ad valorem* del 80%, lo que muestra el elevado nivel de protección que representaban las tarifas específicas para el dulce. A pesar de ello, el *lobby* azucarero funcionó perfectamente en el Congreso y la propuesta fue derrotada.

En 1912, por vez primera desde 1885, una reducción de la tasa azucarera fue aprobada. Sin embargo, no hay que considerar que la ley Saavedra-Lamas (como se conoce esa reducción) fuera una derrota del Centro Azucarero. Varios datos indican que la medida no fue tan perjudicial para los intereses azucareros. *The Review of the River Plate*, que nunca mostró simpatía por la causa protectora, ironizaba sobre la ley: «Los hacendados azucareros de Tucumán, ahora que la ley azucarera ha sido aprobada, están en gran júbilo, y para demostrar su aprecio por los servicios prestados por los diputados que presentaron la ley han decidido regalarles un álbum, el más caro que pueda comprarse... La población de la República, sin embargo, no será tan feliz con el resultado como los tucumanos, ya que esto significa azúcar caro por mucho tiempo»<sup>41</sup>. En 1913, los diputados socialistas presentaron un proyecto de rebajas arancelarias hasta 7 centavos oro el kilo de azúcar refinado y 5 centavos el kilo de azúcar sin refinar. Junto a ello, proponían la derogación de la ley Saavedra Lamas. Su propuesta fue rechazada, y en defensa de la ley salió el diputado y empresario azucarero Miguel Padilla, quien puso de manifiesto el claro interés de la industria en la normativa: «Nació así el proyecto de ley que dicho señor diputado (Saavedra Lamas) presentó en la sesión del 22 de septiembre de 1911, fundándolo en un discurso, en el cual no se sabe qué admirar más: si la belleza de su forma, el conocimiento profundo del asunto, ó el espíritu y sentimiento nacionalista que lo inspiró»<sup>42</sup>.

---

<sup>41</sup> *Review of the River Plate*, 9-2-1912, p. 337.

<sup>42</sup> Informe de la Comisión de Presupuesto, *Revista Azucarera* (1913), p. 168.

No obstante, no bastó con la consecución de las políticas proteccionistas y el aprendizaje y utilización de las técnicas de presión sobre el Parlamento, para que el *lobby* obtuviera un respaldo sin fisuras por parte de los azucareros. De hecho, se recurrió a otros incentivos extraordinarios, o *by-products*, además de la protección. En el caso del Centro Azucarero, se empezó a publicar la *Revista Azucarera*, una publicación de inusitada calidad para los parámetros de la época, que proveía al productor azucarero de una gran variedad de informaciones tecnológicas, agrícolas, financieras y comerciales. Junto a ello, el Centro Azucarero, promovido por Tornquist, era un espacio adecuado para la obtención de crédito a las empresas<sup>43</sup>.

El camino de la UIA como representante de los industriales fue más arduo que el del Centro Azucarero. Fernando Rocchi ha calificado a la asociación en estos primeros años como «una representación sin representados»<sup>44</sup>. Entre 1887 y finales de siglo, los industriales mostraron una falta de interés por las actividades de la UIA, en parte porque sentían que no era el instrumento adecuado para presionar en los altos cauces de la política y en parte porque desde los orígenes de la industria se había impuesto el procedimiento de la resolución sectorial de los conflictos. La identidad colectiva de los industriales era algo apenas existente en estos años y ni siquiera los grandes temas, como los de protección aduanera o la crisis de 1890 pareció ayudar a crearla. Una anécdota ilustrativa de la debilidad de convocatoria de la UIA fue el fracaso, en 1889, del llamado a dieciséis industriales de los sectores del aceite, el almidón, el azúcar y las galletitas para una reunión de una «Comisión Industrial» que iba a estudiar el tema de las tarifas aduaneras. A la reunión sólo acudieron tres de los convocados<sup>45</sup>. Sin embargo, el éxito de la movilización ciudadana de 1899, al que ya se ha hecho alusión, fortaleció a la UIA y le permitió ser vista por los industriales como una base de acción sólida. A principios del siglo XX, la amenaza obrera y las tendencias reformistas de los gobiernos conservadores (en particular la del ministro Joaquín V. González, impulsor de una avanzada legislación laboral) unificaron a los industriales contra enemigos comunes y llevaron a la UIA convertirse en el aglutinante de una identidad que ahora sí cobraba forma.

Las vinculaciones entre el mundo industrial porteño, la UIA y los azucareros eran complicadas. En primer lugar por el propio punto de partida. La concentración geográfica y un complejo sistema proteccionista

---

<sup>43</sup> J. A. SÁNCHEZ ROMÁN, «La dulce crisis...», cap. V.

<sup>44</sup> F. ROCCHI, «Un largo camino a casa...».

<sup>45</sup> Recogida por F. ROCCHI, *ibídem*.

que había que defender a cualquier precio había creado una conciencia industrial azucarera en el norte del país, que a lo largo del siglo XX se transformaría en conciencia regional, pero que por el momento contrastaba en su solidez con la dispersión y la debilidad de la identidad industrial del Litoral.

La complicada década de 1890 puede ser una buena prueba de estas dificultades. La crisis financiera y la recesión económica, la más dura de la Argentina agroexportadora, parecían poner en duda la continuidad del crecimiento lo que debilitó el consenso, generó tensiones entre las elites políticas y sacó a la superficie los conflictos de intereses. La crisis fortaleció el proteccionismo, ya que el Estado necesitaba urgentemente de recursos fiscales y las aduanas eran la fuente tradicional de ingresos. El incremento de la protección favoreció a los industriales pero provocó la reacción de los terratenientes. Roy Hora ha mostrado como la delicada situación de la década llevó a los productores rurales a salir de su habitual apatía política y a tratar de luchar en las elecciones con un programa librecambista que recuperase las exportaciones. La reacción de los estancieros estaba dirigida contra el Partido Autonomista, sostenedor de las políticas proteccionistas, y en cuyo seno cabían los diputados industriales y los de los *lobbies* regionales como el azucarero o el vitivinícola de Mendoza<sup>46</sup>.

Éste parecía un terreno abonado para la cooperación y de hecho en el Parlamento funcionaron activamente las coaliciones proteccionistas que sacaban adelante las distintas tasas aduaneras. Además, desde fines de la década de 1880 se habían tejido algunas redes de intereses. Importantes empresarios porteños, como Tornquist o Videla se habían incorporado al negocio azucarero adquiriendo algunos ingenios. Tornquist, junto al grupo tucumano Méndez Hermanos era el propietario del mayor grupo azucarero del país, la CAT (Compañía Azucarera Tucumana). Sin embargo, la participación de los industriales en el sector azucarero se redujo a estos pocos nombres (bastante importantes) y el sector siguió en manos predominantemente tucumanas a lo largo del período. Ante los ataques recibidos por los sectores librecambistas, los empresarios tucumanos esbozaron un discurso sobre su razón de ser como parte de la industria nacional y criticaron a los sectores que lucraban con el comercio exterior. En 1894

---

<sup>46</sup> ROY HORA, «Terratenientes, empresarios industriales y crecimiento industrial en la Argentina: los estancieros y el debate sobre el proteccionismo (1890-1914)», *Desarrollo Económico*, n.º 40: 159 (2000), pp. 474 y ss.

el empresario azucarero Clodomiro Hileret se expresaba al respecto en las páginas de la *Revista Azucarera*:

«Quiero refutar esa herejía admitida en casi toda la república como axioma indiscutible que la industria azucarera es esencialmente tucumana y que sirve exclusivamente para enriquecer a unos treinta y tantos industriales. Ojalá hubiera quien pudiera decirnos que hacer para llegar a ser industria nacional! De los 40.000 hombres ocupados las dos terceras partes son santiagueños, riojanos, catamarqueños, salteños. Del producto bruto de las cosechas se quedan en el litoral entre fletes, comisiones, acarreos, corretajes, descuentos un 25%, más de lo que puede ganar el industrial más favorecido en el mejor de los años y esto sin contar que de allí nos vienen las bolsas, aceite, kerosen, un mundo de artículos que dan movimiento al comercio de aquellas plazas. Del impuesto de aguardiente el gobierno de la nación sacará este año entre tres millones de pesos, fuera de los derechos de aduana sobre maquinaria... y sin embargo, esto se llama industria esencialmente tucumana. No hay industria más eminentemente nacional que la nuestra.»<sup>47</sup>

Sin embargo, la idea de una «industria nacional» y las propias coaliciones proteccionistas tenían limitaciones que superaban el discurso de los industriales azucareros. Una de las limitaciones, como se ha visto, era la debilidad de la organización industrial y la lenta conformación de una identidad industrialista. A pesar de la retórica, la participación de los industriales azucareros en la UIA fue tímida. Un propietario de ingenio, Francisco Uriburu, de la provincia de Salta, fue presidente de la asociación en 1890, aunque probablemente su vinculación estuvo más en función de los puestos políticos que había ocupado (entre ellos el de Ministro de Hacienda) que por su actividad industrial. No fue hasta la década de 1920, cuando la UIA se reorganizó, que los ingenios azucareros se incorporaron a la asociación masivamente<sup>48</sup>.

La otra limitación procedía de la fuerza de los azucareros, que sí habían forjado rápidamente una identidad colectiva y cuyos intereses eran muchas veces contrarios a los industriales. En general, durante la Argentina agroexportadora, los consensos eran mayores que las disensiones, y sectores con intereses aparentemente opuestos podían convenir en una serie de políticas, como el caso del proteccionismo moderado que fue

---

<sup>47</sup> *Revista Azucarera*, 1894, pp. 158-159.

<sup>48</sup> Jorge SCHWARZER, *Empresarios del pasado...*, pp. 38 y 57.

apoyado por todos los grupos sociales. Este consenso sólo se rompía en momentos de crisis, como en el caso de 1890, pero incluso en estos momentos no hay que deducir que se establecían líneas claras que separaban a grupos partidarios del proteccionismo (los industriales y los productores del interior) de los grupos afines al librecambio (importadores y terratenientes). Es cierto, como se ha visto, que los terratenientes reaccionaron durante la década de 1890 contra el incremento de las tasas aduaneras, como asimismo lo hicieron algunas asociaciones comerciales de importadores y exportadores. Sin embargo, estos reclamos tenían un límite: los terratenientes no podían tensar demasiado la cuerda puesto que eran conscientes de que la alternativa que se le ofrecía al Estado para sustituir las tasas aduaneras era la de algún tipo de impuesto a la propiedad o al ingreso, más oneroso para los propios estancieros. Por su parte, muchos industriales eran al mismo tiempo importadores y no les interesaba un sistema proteccionista prohibitivo.

El caso del grupo azucarero, en cambio, era el de una sociedad pequeña, poderosa y con una visión bastante clara de sus intereses. Esto afectaba a la estabilidad de las coaliciones proteccionistas desarrolladas en el Congreso. La década de 1890 empezó bien para los azucareros que vieron como la devaluación monetaria incrementaba los niveles de protección. Entre 1890 y 1895, los aumentos de la producción azucarera llevaron a la conquista definitiva del mercado nacional y a la maximización de los ingresos para los industriales. Sin embargo, en 1896 una cosecha de 135.000 toneladas en Tucumán y de más de 160.000 en el total del país amenazó con la ruina de los industriales al superar notablemente la cantidad que absorbía el mercado argentino. Esta crisis coincidió con una crisis de superproducción en el mercado mundial y con el hundimiento generalizado de los precios. La salida que encontraron los azucareros tucumanos fue la de recibir algún tipo de subsidio que les permitiera exportar el excedente a un precio por debajo del coste de producción. Finalmente el azúcar subsidiado argentino terminaría recalando mayoritariamente en Gran Bretaña, pero el primer intento fue el de que Estados Unidos adquiriera el excedente argentino. Las negociaciones fracasaron, en parte porque los grupos de poder norteamericanos (como los de las refinerías o los productores de azúcar de Hawai) no querían hacer concesiones al azúcar tucumana, pero fueron un buen ejemplo de la posición de poder de los industriales del norte del país.

Las negociaciones fueron llevadas a cabo por varios actores, entre ellos el propio ex-presidente Carlos Pellegrini, que había sido invitado (y aceptó) por el Centro Azucarero a presidir una asamblea que trataba

de dirimir los conflictos entre los productores ante la crisis de superproducción<sup>49</sup>. Las negociaciones se realizaron con el embajador norteamericano Buchanan. Éste puso un gran empeño en conseguir la admisión del azúcar argentino en el mercado norteamericano porque suponía, razonablemente, que eso traería en compensación descuentos en las tasas aduaneras para algunos productos norteamericanos: «I may say... that I am inclined to believe I could secure some general tariff concessions here on articles whereon such a reduction would be beneficial to us as the greatest producers, say for instance furniture, buggies, carriages, and canned vegetables and fruits, were I in position to say this country would be exempted by legislation in the new tariff bill from the operation of the clause by which we apply an added duty to sugar coming from countries paying a premium on export... The possibility of using the clause in our favour... appears to me worthy of consideration»<sup>50</sup>. Buchanan había visitado Tucumán en 1894 y mantenía lazos de amistad con varios miembros de la elite azucarera. Durante las negociaciones sobre la reducción de la tasa para el azúcar subsidiada argentina, se entrevistó con varios industriales, con el propio Tornquist y recibió cartas del gobernador de la provincia. Pero el alcance de la influencia de los azucareros era mayor; además de Pellegrini, en el transcurso de las negociaciones Buchanan se entrevistó con el ministro de Asuntos Exteriores y con el de Hacienda que acudieron a él con las peticiones de los industriales porteños<sup>51</sup>.

Antes de la negativa de las autoridades norteamericanas a aplicar los descuentos reclamados sobre la tasa aduanera para el azúcar, la discusión se concentró en varios puntos. En primer lugar, Pellegrini y el Centro Azucarero pedían un descuento de entre el 75 y el 92% de la tasa, mientras que los norteamericanos ofrecían entre un 8 y un 20%. Buchanan, por su parte, hizo un esfuerzo para que su gobierno llegara hasta el 50% en la deducción. El segundo problema tenía que ver con la oferta de las autoridades argentinas. A la propuesta de reducción de las tasas para una larga lista de productos estadounidenses, el Ministerio de Hacienda argentino ofrecía un subsidio para una compañía norteamericana de vapores que uniría los Estados Unidos con Buenos Aires y pedía una liberalización del comercio de lanas. Las autoridades del país del

---

<sup>49</sup> D. J. GUY, *Política azucarera...*, p. 116 y ss.

<sup>50</sup> National Archives (N.A.), Diplomatic Despatches, M69, roll 29, vol. 34, Buchanan al Secretario de Estado, Buenos Aires, 13-2-1897.

<sup>51</sup> N.A., Diplomatic Despatches, M69, roll 29, vol. 34, Buchanan al Secretario de Estado, Buenos Aires, 16-2-1897.



norte respondieron que no estaban interesados en un subsidio a una empresa privada y que la reducción para la lana no era posible. Además sostenían que la Argentina siempre había encontrado facilidad para la lana en los mercados europeos lo que no ocurría con el azúcar<sup>52</sup>.

Las negociaciones fracasaron y una nueva ola de proteccionismo se instaló en los Estados Unidos con la aprobación de la tarifa Dingley en 1897 que endurecía la política norteamericana con respecto a las importaciones. Poco antes de aprobarse la nueva medida, los azucareros trataron de conseguir una posición de excepcionalidad dentro de esa tarifa. El gobernador de la provincia de Tucumán, Lucas Córdoba, escribía al embajador Buchanan solicitando un trato de favor y haciendo referencia a la importancia «nacional» de la industria azucarera, al tiempo que no dejaba de subrayar las altas relaciones de los industriales: «Ante la perspectiva tristísima de la ruina que nos amenaza y bajo la impresión del coro de lamentaciones que me rodea, recurro por segunda vez á su buena amistad... Fuera de los ingleses, no tenemos más clientes que Uds., nuestros hermanos del Norte, son Uds. los únicos que pueden salvarnos... Lo que necesitamos es que esa ley (Dingley) deje una puerta abierta, ó media abierta para nosotros: que nuestros azúcares sean admitidos con una buena ventaja... No está en juego, pues, solamente el interés local, sino un gran problema nacional: la vida de media República, como ha entendido el Doctor Pellegrini al aceptar la presidencia del Congreso Azucarero, y así lo entienden también el General Roca y nuestro Parlamento»<sup>53</sup>. El presidente del Centro Azucarero, unos días antes, había sido más explícito en la posición de poder que los diputados pro azucareros ocupaban dentro de las instituciones argentinas y los resultados positivos que de ello se podrían derivar para los Estados Unidos: «Creo poder dar al Señor Ministro la plena seguridad de que si nuestra iniciativa encontrara de parte del Gobierno de los Estados Unidos una acogida favorable, ésta sería debidamente apreciada tanto por parte del Gobierno como del Honorable Congreso Argentino»<sup>54</sup>.

La aprobación de la tarifa Dingley provocó un movimiento de antipatía hacia los Estados Unidos en Argentina, en los momentos en que co-

---

<sup>52</sup> N.A., Diplomatic Despatches., M69, roll 29, vol. 34, Buchanan al Secretario de Estado, Buenos Aires, 3-6-1897 y 15-6-1897.

<sup>53</sup> N.A., Diplomatic Despatches, M69, roll 29, vol. 34, Lucas Córdoba a Buchanan, Tucumán, 18-7-1897.

<sup>54</sup> N.A., Diplomatic Despatches, M69, roll 29, vol. 34, Mauricio Meyer, presidente del Centro Azucarero, y José Ceppi, secretario, a Buchanan, Buenos Aires, 26-6-1897.

braba auge la defensa de la «industria nacional». Incluso los azucareros gozaron de una efímera simpatía de los ciudadanos de Buenos Aires, al considerárseles víctimas del exagerado proteccionismo norteamericano<sup>55</sup>. Desde fines de 1897 y a lo largo de 1898, la UIA intensificó una campaña antinorteamericana reclamando la aplicación de represalias comerciales. En 1897 Carlos Lix Klett, delegado de los industriales argentinos al congreso comercial pan-americano de Filadelfia (y también un importante miembro de la Sociedad Rural) se manifestaba duramente contra el rumbo tomado por la política comercial de los Estados Unidos: «Los Estados Unidos desean entrar en relaciones comerciales con nosotros; pero allí no se hará nada para facilitar el acceso de nuestros productos á aquel mercado, si el Gobierno argentino no se muestra enérgico. El Gobierno debe proceder sin tardar e imponer derechos prohibitivos á los productos norteamericanos; sólo así se puede esperar que el gobierno de Washington trate de hacer posible la exportación de nuestras lanas y cueros»<sup>56</sup>. La amenaza de represalias cobró forma a lo largo de 1898 y el embajador Buchanan tuvo que emplear sus mejores artes para convencer al Parlamento argentino de que fuera moderado. Los azucareros, supuestamente damnificados por la política norteamericana, fueron sus principales aliados y no dudaron en recompensar la amistad y un posible trato de favor para su producción. Ante la amenaza de una elevación de las tasas aduaneras para una lista de productos norteamericanos, en particular con algunos tipos de maderas, maquinarias, etc., el embajador Buchanan señalaba que el sector agrícola del país se había manifestado «against the increased duties proposed», pero la resolución final en el Congreso fue favorable a los intereses norteamericanos gracias a los diputados azucareros: «The good spirit shown by the sugar men here, as mentioned in my telegram of November 16th last, was most useful to us»<sup>57</sup>. Así los azucareros se habían opuesto a las propuestas proteccionistas de la UIA.

## CONCLUSIONES

Los azucareros no sólo no participaron de una coalición para la defensa de la «industria nacional» sino que parte de su fortaleza residía en no

---

<sup>55</sup> D. J. GUY, *Política azucarera...*, pp. 121-122.

<sup>56</sup> *La Prensa*, 8-9-1897.

<sup>57</sup> N.A., *Diplomatic Despatches*, roll 30, vol. 35, Buchanan al Secretario de Estado, Buenos Aires, 8-1-1898.

hacerlo. Su constitución como un grupo clave para la alianza de poder que sostenía el orden conservador les garantizó una influencia política que hubiera sido mucho menor de estar incorporados a una alianza «industrialista». En el fondo eso mismo pasaba con los distintos sectores que componían el mundo industrial del litoral, con la diferencia de que el pequeño grupo de azucareros mostraba una capacidad de influencia más constante.

En este trabajo se ha mostrado, como hace la última historiografía, la existencia de grupos económicos diferenciados y con intereses contrapuestos durante el auge agroexportador en Argentina. También se ha señalado que la tendencia general hacia el consenso estaba atravesada por momentos de conflicto, como los que enfrentaron a terratenientes e industriales, pero que estas líneas de conflicto, como las alianzas, variaban según la coyuntura.

Resulta interesante la posición de poder de los azucareros. Si los terratenientes pampeanos se mantuvieron alejados de la política, los tucumanos controlaban la política provincial y tenían un peso sorprendente en la nacional. Fernando Rocchi en su reinterpretación de los empresarios manufactureros argentinos durante el período los ha mostrado más poderosos de lo que se había creído. Aun así, su posición contrasta con la de los azucareros, al menos hasta la primera década del siglo XX. La UIA tardó bastante tiempo en aglutinar tras de sí a la mayoría de los empresarios industriales y la conformación de una identidad fabril fue un proceso lento. El Centro Azucarero, por el contrario, se mostró como una organización eficiente y exitosa desde sus comienzos y la identidad azucarera se construyó rápidamente, en parte por la propia conformación de las elites tucumanas. La movilización de recursos de poder que puso en juego el Estado para proteger a la industria azucarera en los momentos de su primera crisis de superproducción implicaba el sacrificio de algunos otros sectores industriales. Es poco probable que las autoridades se hubieran movilizado con tantas energías en este período para proteger a los sectores manufactureros.